

SARTRE Y BATAILLE: CHANCE, EXPERIENCIA INTERIOR, Y COMUNIDAD DEL PARA-SÍ

*SARTRE E BATAILLE: ACASO, EXPERIÊNCIA INTERIOR E COMUNIDADE
DE SI*

Dennis SCHUTIJSER DE GROOT
Pontificia Universidad Católica del Ecuador
E-mail: dschutijser667@puce.edu.ec

Introducción

Al celebrar los 80 años de la publicación del *Ser y la Nada* de Sartre en 1943, casi olvidamos la conmemoración de otro texto publicado en el mismo año. *La experiencia interior* de Georges Bataille es en muchas maneras el antípoda del magnum opus del existencialismo. Me arriesgo comparar ambos títulos con la escritura de *Las 120 días de Sodom* por el Marqués de Sade en la Bastilla de París al mismo tiempo que el respetado Privatdocent Kant elabora sus *Críticas*. De la misma manera, la extraña obra de Bataille pasa a la sombra de uno de los textos filosóficos más importantes del siglo XX. La poca atención que recibe inicialmente *La Experiencia Interior* a menudo es negativa, tal como en el texto “Un nuevo místico” del mismo Sartre. En los siguientes años, mientras que el nombre de Sartre será establecido como una absoluta autoridad, Bataille quedará en las márgenes. Y no obstante, tal como la luz oscura de Sade perseguirá a la lúcida crítica de la razón de Kant, de una manera semejante, el pensamiento transgresivo de Bataille constituye la sombra persistente a la gran defensa de la libertad y de la autodeterminación de Sartre (cf. Lanzman et.al., 1999).

En el presente texto buscaremos elucidar tres elementos constitutivos de la filosofía existencialista de Sartre y que son de especial interés para lo que podría ser un psicoanálisis existencialista (Sartre, 1943a, 602ff). En *El ser y la nada*, la referencia a una tal alternativa a los psicoanálisis tradicionales queda incompleta, como una paréntesis por desarrollar en otro momento. Y no obstante, a través de ella podemos preguntarnos por la existencia del mundo exterior, la identidad del para-sí, y el papel del otro. En los tres casos, una confrontación con Bataille nos permite demostrar la radicalidad de la filosofía de Sartre, y a veces completar unos hiatos.

El mundo del acontecimiento absoluto

Al modo de existir del ser humano, Sartre lo llama el “para-sí”, en contraste con los objetos del mundo. Las cosas son “en sí”: lo que son, entes definidos y determinados. El para-sí, al contrario, es un ente consciente de sí mismo, y con ello en posición de actuar, de elegir, de existir. Este modo de existir para sí tiene un momento inicial, un pasaje puntual dónde un mero ser corporal pasa a conscientizarse de sí mismo y dónde empieza la consciencia y la autoconsciencia. A este momento inicial, el verdadero nacimiento del para-sí, Sartre lo llama el “acontecimiento absoluto”. Así observa que “En efecto: el Para-sí surge en el mundo en tanto que nihilización del en-sí, y por este absoluto acontecimiento se constituye el Pasado en tanto que tal como relación originaria y nihilizadora del Para-sí con el en-sí.” (Sartre, 1943a, 174 *itálico es nuestro*). En este primer momento de neantización (de ahí la importancia de la “nada” en el título de la obra), el sujeto añade un no-ser al mundo. Se da cuenta que las cosas que son lo que son, también no son lo que no son, y que este no ser de las cosas no es algo obvio. El “acontecimiento absoluto” refiere al surgimiento del para-sí como ser consciente de un mundo con el cual no coincide, y que no coincide con su propio proyecto.

Por un lado, para Sartre es el punto de partida para el gran proyecto de la absoluta libertad del para-sí para ubicarse en una existencia constituida por su propia perspectiva. Las cosas que son, así como las que no son, dependen de la mirada del para-sí, y no de aquellas cosas. Y no obstante, el bruto mundo sigue molestando Sartre como la escena sobre la cual el para-sí hace su entrada. El mundo de las cosas en-sí se hace lo que es por la intervención del para-sí, pero “algo” lo precede persistentemente. La responsabilidad del para-sí no se extiende hasta los acontecimientos como tal, sino sólo hasta lo que se “descubre como ocasión” (Sartre, 1943a, 601).

Con el concepto del acontecimiento absoluto surge una distinción entre el acontecimiento-como-ocasión-al-para-sí, y el acontecimiento-en-cuanto-tal, o que se impone al mismo para-sí desde un afuera incontrolable. Podemos elucidar esta limitación inherente a la demarcación de nuestra individualidad como proyecto con un ejemplo tomado del psicoanálisis existencial. Tratando del caso de Flaubert, a quien le interesará mucho a lo largo de su vida, Sartre observa que la falla de la psicología tradicional consiste en buscar explicaciones de lo individual en sus suscripciones a principios o generalidades. El filósofo existencialista protesta: ningún hecho como tal puede explicar los rasgos generales de una persona. Apunta en una nota al texto que “seguimos ignorando la relación hasta donde podemos conocer la adolescencia de Flaubert. En efecto, nada en particular a ese respecto ofrece la acción de hechos imponderables que, como hay que suponer escapan, por principio al análisis histórico” (Sartre, 1943a, 604). El punto de Sartre es que no se puede reducir a una persona a su pasado. Yo no soy el resultado necesario de lo que ha acontecido, sino que aquella sucesión de acontecimientos que constituyen mi pasado, son el resultado de mi elección en vista de algún proyecto propio. Es el relato que al parecer he elegido contar de mi mismo (cf. Vinolo 2022, 284).

Y no obstante, aunque no podemos recurrir a un hecho del pasado para “explicar” la persona en su proyecto, tampoco podemos borrar estos “hechos imponderables” mencionados en la última citación. Tales hechos constituyen la materia cruda necesaria para que haya “ocasión” cualquiera, y para que pueda ocurrir el

“acontecimiento absoluto” que gira la mirada desde el mundo de los “hechos imponderables” hacia el para-sí fundando “su mundo”. Ni la negación, ni cualquier otra moción del sujeto bastará para deshacer el acontecimiento exterior a nosotros mismos, ni tampoco para crear un acontecimiento dónde no haya algún hecho previo. Toda decisión para ponderar o no a un hecho presupone – el hecho. Llegamos al límite ontológico de la libertad del para-sí como creador de mundos.

Encontramos una premonición a esta dependencia del para-sí del acontecimiento absoluto para su propio origen en la lectura crítica que hace Sartre mismo de *La Experiencia interior* de Georges Bataille. En este texto, el maestro existencialista critica a su contemporáneo por malapropiarse el lenguaje existencialista. Resume la contradicción que encuentra en la obra de Bataille de la siguiente manera: “el yo es autónomo y dependiente. Cuando considera a su autonomía, quiere ser *ipse* [...]. Cuando vive su dependencia, quiere *ser todo*, es decir dilatarse hasta abrasar en él la totalidad de los componentes [...]” (Sartre, 1943b, 155, la traducción es nuestra). Según Sartre, Bataille quiere al mismo tiempo suscribir una autonomía individual que suena existencialista – e introducir una exterioridad ajena a aquel yo autónomo. Bataille busca al mismo tiempo fundar un agente racional en control de su propio proyecto, y la transgresión de aquella agencia como fundación de cualquier proyecto. En breve, Sartre observa con exactitud: “[Bataille] tiene el proyecto de salir del mundo de los proyectos” (Sartre, 1943b, 158).

El autor del *Ser y la Nada* apunta aquí a una contradicción central en la obra de Georges Bataille. Por un lado este nuevo místico intenta socavar el imagen existencialista del yo como para-sí autónomo e indeterminado por el ser del mundo, del en-sí... Por otro lado, lo hace suscribiendo la misma experiencia interior al proyecto del yo que se mantiene precisamente a través del movimiento transgresivo.

En el apéndice a *Sobre Nietzsche*, Bataille responde a Sartre:

Al querer el conocimiento, por inclinación, tiendo a ser el todo del universo: pero en este movimiento no puedo ser un hombre entero, sino que me subordino a un fin particular: llegar a ser todo. Sin duda, si podía serlo, también sería el hombre entero, pero *en mi esfuerzo* me alejo de él, y cómo llegar a ser el todo sin ser el hombre entero, sólo puedo serlo dejándome llevar. No puedo serlo por mi voluntad: mi voluntad es necesariamente la de acabar! Pero si por desgracia (o por el azar) se quiere que me dejen llevar, entones sabré que *soy* el hombre entero, *quien no se subordina a nada*. (Bataille 1945, 199. La traducción es nuestra)

En esta larga citación, Bataille admite plenamente a Sartre: en efecto, el proyecto del para-sí es un proyecto de control, de *ser*. Y, en primer lugar, Sartre estaría de acuerdo que una tal realización es imposible para un para-sí, ya que llegar a *ser* sería dejar de existir como para-sí. En segundo lugar, vimos que Sartre suscribe la precedencia de aquellos mencionados “hechos imponderables” como los bloques que preceden a todo proyecto del para-sí. O tal como lo dice Bataille, el paso necesario para el para-sí es “*lâcher prise*”, dejar de querer ser todo; o sea aceptar el límite que surge desde el exterior en su forma amorfa de los hechos imponderables.

Al reconocer así la paradoja en Bataille, Sartre describe al mismo tiempo la paradoja en su propia filosofía. El paralelo entre ambos autores aparentemente opuestos es remarkable. La experiencia interior de Bataille suscribe el límite de la individualidad dentro del proyecto del individuo mismo. El acontecimiento absoluto de Sartre suscribe el límite del para-sí por la persistencia de los hechos imponderables.

El hombre de las emociones

El mundo del acontecimiento absoluto no es el único elemento fundamental donde entra el límite (y su transgresión) en la perspectiva Sartriana. En segundo lugar podemos mirar a la mirada del para-sí. Para demostrar a qué se refiere, podemos hacer una pequeña excursión en el estilo de ambos autores. Los dos contemporáneos manejan una escritura prácticamente opuesta en su forma. *La experiencia interior* de Georges Bataille es una obra atravesada por la pasión y el ardor. Carece casi por completo de un hilo argumentativo; el autor interrumpe a menudo a su propio texto, aparentemente incapaz de llevar a cabo un pensamiento racional coherente y completo. *El ser y la nada* de Jean-Paul Sartre, por el contrario, es un texto notoriamente teórico y racional. Se requiere mucha paciencia para seguir al gran filósofo presentando su ontología fenomenológica a lo largo de más de 600 páginas, en un lenguaje a veces lúcido (cuando se permite una hermosa excursión anecdótica a un mesero o el vestido e una mujer), a menudo técnico, pero rara vez apasionado. Se podría decir que *El ser y la nada* es el último intento de establecer un verdadero sistema filosófico. Es remarkable la medida en que el autor quien defiende que “la existencia precede a la esencia” (Sartre, 1946, 17) se haya borrado a sí mismo de su trabajo. Y al otro extremo el autor quien, según Sartre, nos promete una comprensión metódica de la experiencia interior, hace todo salvo hacernos comprender cualquier cosa.

Para ambos, el estilo es revelador de la intención del autor. Comparado con la escritura apasionada de Bataille, es impresionante en qué medida Sartre se distancia de su obra y busca tomar una postura objetiva, eliminando la eventual vivencia subjetiva de su obra tan enfocada en la perspectiva del para-sí. En *El ser y la nada*, estamos en la compañía de la filosofía, no de Jean-Paul Sartre. Considerando que el para-sí tenía que ser al origen del mundo que él mismo¹ constituye por sus propias capacidades creativas y negativas, sorprende ver en qué medida esta misma capacidad queda ausente en la relación del para-sí consigo mismo.

Podemos comprender mejor este contraste entre el contenido y la forma del *Ser y la Nada* a la luz de su pequeña obra *Bosquejo de una teoría de las emociones*, publicado en el año 1939. De alguna manera, brinda un prelude al *Ser y la nada* y especialmente al tema del psicoanálisis existencial, demostrando al mismo tiempo un desplazamiento progresivo en la obra filosófica de Sartre. Aquí, el autor analiza el funcionamiento de las emociones tales como la tristeza y la alegría como esfuerzos simbólicos desde nosotros mismos con la intención de cambiar

¹ Al contrastar el magnum opus de Sartre con *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, podemos constatar que el para-sí es tanto masculino como el segundo sexo de Beauvoir es femenino.

el mundo tal como lo encontramos acorde a la relación que tenemos con este mundo. Sartre observa que “todas [las emociones] vienen a constituir un mundo mágico, utilizando nuestro cuerpo como instrumento de conjuro” (Sartre, 1939, 93).

La palabra clave en esta citación es su componente mágico: experimentar una emoción es encantar al mundo que vivimos, para que cumple con nuestro proyecto. En el caso de la tristeza, por ejemplo, creamos un mundo de la indiferencia, cancelando así nuestro deber de actuar; en el caso de la alegría creamos un mundo que obedece a nuestras órdenes, sometiéndola a nuestra anticipación. En ambos casos, Sartre observa que la fuerza de la emoción consiste en su externalización “mágica” y luego nuestra creencia en ella como algo externalizado (Sartre, 1939, 96). No solamente tenemos emociones; también emociones nos “tienen” a nosotros. Experimentar una emoción es sucumbir a una encantación personal que adapta al mundo a nuestras expectativas de tal manera que creemos en estas adaptaciones. A través de las emociones somos otro, en un mundo otro.

Lo mágico es que el para-sí parece estar enredado en un círculo cerrado en el cual las emociones determinan su percepción del mundo, pero de tal manera que parece surgir “mágicamente” o sin la aprobación del mismo para-sí. La magia de las emociones consiste en su alineamiento del mundo con el proyecto del para-sí, sin por lo tanto estar en las manos del para-sí. Es magia en que nuestras emociones parecen constituir un “sin mí” que origina “en mí”.

Nos acercamos aquí a la acusación de Sartre al misticismo de Bataille. De hecho Bataille mismo se acerca al misticismo religioso por su intento de “no buscar, como los demás, el conocimiento, sino su contrario, que es el no-saber” (Bataille 1976, 74; siguiendo esta observación, Bataille se distancia directamente del misticismo precisamente por la ausencia de Dios en su propia filosofía, así respondiendo a la crítica de Sartre). El hombre no coincide con su *logos*, con su facultad racional; no se puede excluir al *pathos*. La condición humana oscila entre saber y no-saber, entre pensamiento y sentimiento. La filosofía de Bataille persigue una investigación en la dimensión de la condición humana apuntada por Sartre en su *Bosquejo*, un camino abierto por Sartre mismo.

La diferencia crucial es que Bataille describe a las emociones que acompañan su experiencia interior desde adentro, y no desde afuera. Sartre el filósofo describe cómo las emociones pueden cambiar la visión que tiene el hombre del mundo, y con ello cambiar el hombre mismo. Pero su descripción, contrario al efecto descrito, es una descripción por así decirlo desde afuera. Sartre es el médico analizando la enfermedad del paciente, con el escalpelo a la mano. Bataille manifiesta en qué consiste un tal cambio desde adentro: es el paciente que nos cuenta en pleno delirio lo que siente. En *La Experiencia Interior*, somos testigos de primera mano de cómo la magia de las emociones cambia nuestro mundo y nuestro propio ser. El autor es incapaz de traducir su experiencia en conceptos o en un análisis objetivo. No es un observador independiente; más bien sus actos (en este caso la escritura) se derrumban. Las emociones de la experiencia interior descomponen a la capacidad del sujeto de “comprenderlas”. En última instancia, afectan a la misma posibilidad de su comunicabilidad. El sujeto poseído por la alegría (en Bataille es la risa de Nietzsche, cf. 1945, 175) o por la tristeza (en Bataille es la desesperación, quizás del mismo Nietzsche) es incapaz de elucidar esta alegría o esta tristeza a otra persona.

En breve, la segunda dimensión problemática en *El ser y la nada* que resultará crucial para un psicoanálisis existencial, es el para-sí mismo en cuanto no es solamente un ser racional, sino también un ente emocional. Aquellas emociones determinan profundamente al para-sí y a su mundo, aunque al mismo tiempo le escapan a la consciencia y surgen de una manera “mágica”. Y aunque el Sartre del *Bosquejo* reconoce la importancia de las emociones, *El ser y la nada* se destaca en su estilo por su aparente ausencia de magia. Y aunque un tal estilo conviene a un intento de establecer un verdadero sistema filosófico, revela al mismo tiempo la búsqueda de una esencia detrás la existencia. Las emociones no son un mero objeto de estudio (un en-sí); son parte integral del para-sí en cuanto tal.

Comunidad (otros)

La tercera dimensión pertinente para el psicoanálisis existencial en la que se contrasten los contemporáneos Sartre y Bataille, es la intersubjetividad. Es conocido que el otro para-sí es un problema en la ontología fenomenológica de Sartre, dónde un para-sí se encuentra en un mundo de las cosas constituido por él mismo – por lo menos solidificado como tal desde los hechos imponderables hasta las ocasiones. El encuentro entre los para-sí está determinado por un conflicto inevitable: “El conflicto es el sentido originario del ser-para-otro” (Sartre, 1943a, 404). Este conflicto tiene dos variaciones: o sea yo reduzco al otro para-sí a una cosa-en-sí, es decir el otro se vuelve un objeto en mis proyectos (un chofer de bus, un compañero de trabajo, una esposa); o sea yo me dejo reducir a ser un objeto en el proyecto del otro para-sí (un cliente, un compañero de trabajo, un esposo). Sartre llama a estas dos variaciones de la relación intersubjetiva el sadismo y el masoquismo respectivamente.

Pero no es todo lo que se puede decir acerca de la intersubjetividad. Cuando Sartre nos promete, en la última frase del *Ser y la Nada*, dedicar una próxima obra a las cuestiones morales irresueltas (Sartre, 1943a, 676), revela entre otros que el tema del enfrentamiento entre la libertad personal y el compromiso intersubjetivo y social queda por resolver. No es solamente por existir como para-sí indeterminado, ni tampoco por estar yecto en un mundo de los hechos, que nuestro proyecto sigue siendo un desafío abierto; también es por el compromiso que tenemos con los demás.

La dificultad de nuestra relación con el otro surge de especial urgencia en el mismo marco del psicoanálisis existencial. Quizá no es tan sorprendente que Sartre estudia el antes mencionado caso de Flaubert para elucidar su posición. Sartre acusa a la psicología Freudiana reducir sus objetos de investigación a ser objetos, o sea portadores de ciertos principios o generalidades. Y aunque su crítica es válida, el mismo Flaubert en la mano de Sartre también se hace reducir a ser un objeto ilustrativo de su filosofía.

Si pasamos por alto a esta dificultad, encontramos en la filosofía de Sartre la imposibilidad para cualquier tipo de acompañamiento pasar por alto de todas las particularidades de un individuo como para-sí. La base última del psicoanálisis existencial es y debe ser de “no tener que recurrir jamás a esa idea de sustancia” (Sartre, 1943a, 606). Dicho de otra manera, es imposible reconstruir a alguien más allá del encuentro concreto. Al rato que se refiere a alguna significación fija, una sustancia, o un ser detrás de la particularidad del otro, hemos perdido de vista

a este otro en su existencia concreta. La dificultad enseguida para Sartre es que en este encuentro con el otro estamos detenidos entre los Escila y Caribdis que son el sadismo y el masoquismo. Entonces surge la pregunta, ¿qué podría aportar un encuentro con el otro en un marco psicoanalítico?

Aquí también la filosofía condenada de Georges Bataille podría brindar una propuesta complementaria a la propuesta de Sartre. Antes que nada, Bataille describe la experiencia interior de la siguiente manera: “Uno mismo”, no es el sujeto aislándose del mundo, sino un lugar de comunicación de fusión entre el sujeto o y el objeto” (Bataille, 1943, 21). De cierta manera, para evitar al dilema entre el sadismo y el masoquismo, Sartre sólo puede valorizar el puro encuentro en una existencia compartida como encuentro. Y es Bataille quien lo podría brindar el modelo para un tal encuentro en la existencia compartida: es el para-sí como comunidad.

Sartre mismo hubiera sabido a qué refiere Bataille. En *Sobre Nietzsche*, el último cuenta el encuentro que han vivido finalmente los dos autores inicialmente tan opuestos: “feliz de recordarme la noche cuando tomé y bailé – bailé sólo, como un campesino, un fauna, rodeado por parejas. ¿Sólo? De verdad, bailamos cara a cara, en un *potlatch* absurdo, el filósofo – Sartre – y yo” (Bataille 1945, 90). Quizá la particularidad del encuentro entre dos para-sí consiste en la constitución de una comunidad dónde ni el uno ni el otro somete a su compañero en un ser, sino dónde ambos se mantienen en una situación irreduciblemente concreta – compartida.

El psicoanálisis existencial busca remplazar el enfoque en el pasado (reduciendo el para-sí a un en-sí) por un enfoque en el futuro del proyecto del para-sí, así condenando al mismo para-sí a su proyecto. Al pasar así del pasado al futuro se presenta el desafío de reunir (o no) la famosa libertad absoluta con una situación concreta. En ambos casos se nos escapa el otro en tanto otro. En el caso de Sartre, observamos que el otro para-sí es inalcanzable mientras intentamos hacerlo de manera sistemática, que sea por el psicoanálisis freudiano, o por el psicoanálisis existencial. La única manera para salvar al otro en el encuentro es de enfocarse exclusivamente en la situación concreta y persistentemente actual del encuentro. La comprensión de Bataille de la comunidad permite un tal encuentro.

Conclusión

Hemos intentado aislar tres dimensiones constitutivas del para-sí que presenta Sartre en su *Ser y la Nada*: en su relación con el mundo de los hechos y del acontecimiento, en su relación consigo mismo en cuanto sus emociones, y en relación con el otro como potencial acompañamiento en un contexto de psicoanálisis. En los tres temas surge una tensión subyacente a la filosofía de Sartre. Tras el acontecimiento absoluto surge un mundo de los hechos imponderables; tras el yo racional surge una intervención mágica de las emociones; y tras la mutua exclusión del otro surge una búsqueda por un encuentro primario. En breve, tras el sistema filosófico del mismo Sartre luce una inquietud constante del mismo Sartre para los bordes de su para-sí.

Es en la filosofía de su contemporáneo Georges Bataille que tenemos los índices para revisitar a Sartre. *El ser y la nada* y *La experiencia interior* aparecen en el mismo año 1943; año en el cual también Sartre formula su lectura crítica del último, llamándolo un “nuevo místico”. Y no obstante, la bruta persistencia del mundo, la fuerza encantadora de la propia irracionalidad emocional, y el encuentro en la comunidad, son tres propuestas positivas que brinda Bataille. Y a segunda vista, Sartre parece suscribirlas. Tal vez su vehemente crítica de su contemporáneo revelan más bien una cercanía alarmante.

Obras mencionadas

Bataille, G. (1973[1943]). *L'expérience intérieure*. In: *Oeuvres Complètes V – La Somme athéologique Tome I*. Paris: Gallimard.

Bataille, G. (1973[1945]). *Sur Nietzsche*. In: *Oeuvres Complètes VI – La Somme athéologique Tome II*. Paris: Gallimard.

Bataille, G. (1976) *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona: Paidós.

Beauvoir, S. de. (1949) *Le deuxième sexe*. Paris: Gallimard.

Lanzmann, C. et.al. (1999). “Georges Bataille”. In: *Revista Les temps modernes Ed. 602*. Paris: Gallimard.

Sartre, J.-P. (1943a). *L'être et le néant*. Paris: Gallimard.

Sartre, J.-P. (1947[1943b]). “Un nouveau mystique”. In: *Situations 1*. Paris: Gallimard.

Sartre, J.-P. (1939) *Esquisse d'une Théorie des Emotions*. Paris: Hermann.

Vinolo, S. (2022). *La psychanalyse existentielle: 1927-1943. Sartre (tout) contre Freud*. Paris: L'Harmattan.



SCHUTIJSER DE GROOT, Dennis. SARTRE Y BATAILLE: CHANCE, EXPERIENCIA INTERIOR, Y COMUNIDAD DEL PARA-SÍ. *Kalagatos*, Fortaleza, vol. 20, n. 3, 2023, eK23067, p. 01-08.

Recebido: 09/2023
Aprovado: 10/2023